



# Visita al territorio de András Forgách



... tiempo de callar, y tiempo de hablar.

Eclesiastès 3:7

# **1. La señora Pápai**

## **EL CUMPLEAÑOS**

La SEÑORA PÁPAI acudió puntual al encuentro. Los hombres llegaron con unos quince minutos de retraso y pidieron disculpas repetidamente con la mayor humildad, no sin antes ofrecer a la SEÑORA PÁPAI un ramo de flores con ocasión de su sexagésimo cumpleaños. Todo esto tenía lugar en la plaza de Batthyány. Mientras ellos seguían derrochando excusas, la SEÑORA PÁPAI anuló con un gesto de impaciencia cuanta palabra redundante estuviera por venir y aludió a la nevisca que caía, y que el informe, por lo demás, olvidó mencionar: «Que sea este el mayor problema, caballeros». En honor a la verdad dijo «camaradas», con su inconfundible acento y con una sonrisa que los desarmó por su atractivo y por la voz de cantarina melodía que no hacía sino avivar el encanto de su afirmación; pero en aras de la seriedad del relato quedémonos ahora con «caballeros», que refleja con mayor fidelidad los galantes piropos que salieron de las bocas de los varones para acompañar el precioso ramo. Acto seguido, y según lo acordado previamente, el pequeño grupo se encaminó por la orilla de la plaza en dirección a la pastelería junto al templo, o detrás de él (cuestión de perspectiva), ubicada en un semisótano que había sido en su origen una pianta baja, hecho que recordaba las épocas anteriores a las grandes crecidas del río, cuya gris espuma se iluminaba por un momento ante la risa desbordante de la SEÑORA PÁPAI. El propio Hokusai habría envidiado el bello espectáculo de los copos de nieve de aquel blanco majestuoso al caer de soslayo sobre las aguas plateadas. En ese preciso instante, la risa de la SEÑORA PÁPAI quedó sofocada por el estridente rechinar del tranvía de la línea 19 al partir de su parada final, situada justo detrás de la

estación del metropolitano, en dirección al Puente de las Cadenas<sup>[1]</sup>.

Aquel día la SEÑORA PÁPAI no brillaba por su elegancia; se había calado una tupida gorra de lana de colores y un abrigo *beige* forrado que no se diría que fuese el último grito: provenía de los talleres de la fábrica de ropa VOR, Vestidos Octubre Rojo. Como si fuese deliberado su total descuido en el aspecto exterior, calzaba unos sencillos zapatos de tacón bajo y su única alhaja eran sus hermosos ojos verde jaspeado, resplandecientes, que tendían al azul o al gris. «Bah, el atavío de una persona no es lo importante, caballeros, no es el hábito lo que hace al monje», habría dicho si se lo hubiesen preguntado. Sin embargo, esta vez su apariencia poco refinada fue decididamente ventajosa. Que era la fecha de su cumpleaños, los hombres tampoco lo supieron por ella, pues la SEÑORA PÁPAI ponía especial énfasis en que ese día su entorno «prescindiera de hacer alharaca», no le gustaban las ceremonias, las celebraciones superfluas, «ayayay, hay cosas mucho, pero muchísimo más importantes en este mundo, personas que se mueren de hambre, que van descalzas, que son diezmadas por las enfermedades y las guerras». Aunque, en realidad, no poca incertidumbre se cernía sobre la fecha de nacimiento de la SEÑORA PÁPAI, algo que los tres caballeros sin duda no podían saber, puesto que su cumpleaños, de acuerdo con el orden de las cosas, caía de tiempo en tiempo en el primer día de una famosa festividad de fecha variable. En su infancia, la familia observaba todavía estrictamente las prescripciones religiosas y, según el ánimo en que la pillaba la fiesta, que por tal motivo era *doble*, celebraba el cumpleaños de la niña a lo largo de ocho días, pues sabido era que las velas permanecían ocho días encendidas por la festividad, de tal guisa que los padres, cediendo a su graciosa disposición artística, en algunas ocasiones se desviaban de la prosaica fecha original, lo cual les deparaba tanta más alegría que la festividad misma precisamente por rememorar la llegada de la pequeña, que por lo demás fue a ciencia cierta el 3 de diciembre. En consecuencia,

podía ocurrir, además, que la desmemoriada madre de la niña, famosa por sus flirteos y de temperamento apasionado, diese de cuando en cuando otra fecha en las oficinas coloniales y demás dependencias (de las cuales había una fastidiosa cantidad por la doble administración, lo cual dificultaba innecesariamente la vida de los inmigrantes), ya que de improviso solo recordaba que el nacimiento de su hija había caído durante la Januká. Así podía ocurrir que constase en diferentes documentos en fechas vecinas como el 1 de diciembre, el 2, el 3, en alguna parte hasta el 6 de diciembre, con lo cual la SEÑORA PÁPAI obtuvo una especie de justificación para su «indiferencia», más aún, su desmesurada animadversión de antirreligiosa convencida hacia su cumpleaños. Si era imposible averiguar en qué día había nacido realmente, la verdad es que era absurdo fijar el aniversario en una fecha. Pero los tres caballeros no podían saber todo eso.

Poco después, los tres bajaban cual séquito galante de la SEÑORA PÁPAI por las abruptas escaleras que conducían a la pastelería Angelika: el teniente coronel de la policía Miklós Beider, interlocutor *adjudicador*, el primer teniente de la policía doctor József Dora, interlocutor *receptor*, y el teniente coronel de la policía János Szakadáti, director de la subdivisión<sup>[2]</sup>. Que todo eso no se transformase en la entrada al escenario de la prima donna de una opereta fixe solo gracias a que Dora y Szakadáti guardaron ambos una pequeña distancia, de conformidad con las reglas de la conspiración. Pero las sorpresas aún no habían llegado a su fin. Una vez abajo y después de que los tres compitieran por ayudar a la dama a quitarse el abrigo de invierno, menester en el que finalmente Miklós demostró ser el más diestro, tomaron asiento en un compartimento íntimo del café. Mientras el abrigo resbalaba de los hombros de la mujer, las tres miradas masculinas se habían detenido en la belleza antigua de aquella figura femenina ya no tan joven y no muy alta, de caderas pronunciadas y senos exuberantes, silueta que, por lo demás, en las fotografías tomadas en la playa —desconocidas para los señores— se veía particularmente favorecida

por la luz del crepúsculo; en esas tomas se revelaba y destacaba su atractivo de cuerpo entero y también resplandecía y encandilaba el perfil de su rostro, cuya hermosura había que agradecérsela a partes iguales a sus perfectas proporciones y al amor incondicional por la vida y la alegría que irradiaban sus facciones. El hecho de que aquellas vetustas y exóticas fotos junto al mar hubieran surgido de encuentros conspirativos con seguridad habría galvanizado a los tres varones si se hubiese tocado el tema, pero la conversación no giraba en torno a las bahías al abrigo de la sombra de cedros libaneses, donde damas y caballeros de las más diversas nacionalidades y religiones tomaban un baño y flirteaban, se fotografiaban junto a burros, cascadas y el mar Mediterráneo, y hablaban incluso de las tareas más urgentes de las organizaciones locales de base de sus partidos, mientras que algo más al norte de sus narices hervía la guerra mundial.

Apenas los cuatro hubieron tomado asiento en el cubículo y estudiado a fondo la carta, los tres hombres pidieron un café solo quitándose prácticamente uno a otro la palabra de la boca, mientras que la SEÑORA PÁPAI ordenó un té Earl Grey, que en aquel tiempo se consideraba el no va más del lujo, si bien renunció a los pasteles con una alusión a su cintura llena, por mucho que Miklós, el hombre de mayor rango, la alentase con su cálida voz de barítono. «Aquí es excelente el pastel de chocolate con nata al estilo francés, tiene fama mundial», le aseguró, «mi nieto se come hasta dos de una sentada, por no hablar del de semillas de amapola...» («Claro, *flódní*, una especialidad judía, ¿verdad?»), cacareó sin permiso el camarada Szakadáti, pero enmudeció enseguida al percibir las miradas de desaprobación de Miklós y József.

Miklós, que conocía desde hacía más tiempo a la SEÑORA PÁPAI, insistió y le habló tanto sobre los magníficos pasteles de la cafetería Angelika, famosos en medio mundo, que finalmente, después de una larga vacilación, la invitada se dejó convencer de consumir un profiterol, a raíz de lo cual la lucha entre el tenedor y el profiterol dejó una sutil huella de nata batida en el borde de su boca, y la

SEÑORA PÁPAI pasó la lengua por encima con una ruidosa carcajada, lo que dio ocasión después a observaciones galantes por parte de los hombres. Aunque tal vez a los señores les hubiese apetecido algo sólido, tenían claro el efecto en el coste del encuentro<sup>[3]</sup>, y si bien la oficina les había dado carta blanca al respecto, sabían bien que un poquito de autodominio a la larga nunca perjudica. Antes de la llegada del profiterol, en uno de esos silencios que asaltan con frecuencia en situaciones así a las personas reunidas en cierta intimidad, cuando todas sienten que después de las frases previas y generalidades vacuas hay que ir al grano, József sacó de su portafolio inesperadamente y como por arte de magia un precioso mantel bordado con motivos populares<sup>[4]</sup> que a la SEÑORA PÁPAI le causó una alegría mayúscula. El mantel estaba envuelto en papel de seda y atado con una cinta rosa, y los tres caballeros volvieron a desearle feliz cumpleaños uno por uno, pues, como hemos mencionado, precisamente aquel día en que uno dejaba y otro empezaba a hacerse cargo de su persona, la SEÑORA PÁPAI cumplía sesenta años.

Sin embargo la conversación no se sostuvo según los planes, para gran sorpresa de los tres caballeros. Y ello no solo porque la parte superior del profiterol fue a parar sobre el mármol de la mesa, inesperadamente, ni por el poquitín de crema dulce que había embadurnado el borde de los labios de la SEÑORA PÁPAI, ante lo cual el envalentonado József (en su derecho de flamante interlocutor receptor) después de algunas vacilaciones, sonrió como un mozuelo y se lo hizo notar a la camarada. Ocurrió que la SEÑORA PÁPAI, después de que le explicaron con detalle las complejas tareas que le encomendaban, que ella repitió al pie de la letra con toda tranquilidad como una colegiala sobresaliente, por añadidura sin haber tomado notas<sup>[5]</sup>, prueba inequívoca de su excelente memoria (que había fluido en demasía en sus informes tempranos, por lo demás, donde lo demostraba también su estilo rico en detalles), conque después de que Miklós «adjudicase» a la SEÑORA PÁPAI a merced de József, si bien en ese lugar no cerraron la operación con

esa palabra, y dado que el de mayor rango ya había llamado con señas a la camarera para que llevase la cuenta y sacado su abultada billetera, la SEÑORA PÁPAI de repente, con voz estridente y viva, parecida a la de un muecín en sus cantos al convocar al rezo, y que a los tres camaradas les hizo empezar a aguzar el oído, comentó: «Creo que no merece la pena que continúe haciendo esto, no debo seguir haciéndolo». El aire alrededor de la mesa se congeló literalmente, de modo que la SEÑORA PÁPAI, en voz un poquito más baja pero siempre con ese falsete cantarino, añadió: «y no es, en absoluto, porque no comparta alguno de los objetivos que tenemos en común». Los tres caballeros se quedaron petrificados por el cambio de discurso, y el teniente coronel de la policía levantó el dedo índice y cortó el paso a la camarera, que en ese instante se acercaba con una sonrisa festiva hacia la mesa y estaba a punto de colocar ante Miklós la cuenta por un importe nada modesto. Miklós pensó primero pedirle que mejor volviese más tarde, pero con su magnífico instinto para calar la naturaleza retorcida de la situación, cayó de inmediato en la cuenta de que así solo atraería más la atención hacia ellos, algo que infringía las reglas tácitas de la conspiración. En la pastelería Angelika, medianamente concurrida a esa hora de la tarde, el jovial grupo afortunadamente no llamaba la atención, a su alrededor había funcionarios que se daban una vuelta por allí de preferencia a la hora del aperitivo, o que al final de su agotadora jornada laboral iban a tomar un café o beber una cerveza; en el rincón opuesto se había sentado una pareja de enamorados que se abrazaban compulsivamente y no cesaban de contemplarse con profunda admiración. Pero entonces el camarada Beider, con genuina intuición de jefe de estado mayor, silbó entre dientes en dirección a la SEÑORA PÁPAI: «¡Después!», como quien ordena a su caballería retirarse del puente. No se puede negar que la SEÑORA PÁPAI se apocó ante el rostro endurecido de Miklós, cuyo barniz de jovialidad se había derretido en un instante, y hasta le pareció oír cómo le rechinaban los dientes. Al mismo tiempo, como buena comunista, captó *ipso facto* que ahora debía guardar el más estricto

silencio; en vano prorrumpía de su interior desde hacía mucho tiempo, a decir verdad desde 1975<sup>[6]</sup>, un asfixiante y amargo malestar que la carcomía como una vorágine. Cuando la camarera por fin se alejó, Miklós miró a la SEÑORA PÁPAI, y János y József lo secundaron con alguna expectación y zozobra. «Hasta el hoy día», dijo ella, «he cumplido con todas las incontables y en general nada sencillas peticiones de ustedes al servicio de la democracia popular. He dejado de lado graves preocupaciones que atañen a mi vida privada para hacerlo, y aun así he sido capaz de formular propuestas concretas. Pero incluso en los casos en que ustedes respondían a ellas con palabras como magnífico, le agradecemos, maravilloso, excelente, grandioso, yofí<sup>[7]</sup>, tampoco ocurrió nada, nada de nada en absoluto. Más aún, pese a ser mis recomendaciones tan celebradas, o quién sabrá si por eso, el resto del tiempo no me buscaron, como si no estuviese yo en este mundo. Entonces por qué habría de considerar importante este trabajo si cuando digo o propongo algo, nadie se interesa en serio por mí, solo lo fingen; en cambio, cuando hay algo urgente, arriba, mujer, que pegue un salto. No considero que esto sea lo que entre camaradas se entiende por camaradería. No veo el sentido de mi trabajo en circunstancias así y si pese a ello lo sigo realizando es solo por la confianza en que este cambio que se lleva a cabo ahora mismo sea como un nuevo despegue». Al finalizar el estallido de la SEÑORA PÁPAI, los señores permanecieron sentados por un momento como tres alumnos escaldados de primaria, no estaban preparados en absoluto para una cosa así, no era costumbre que un agente reclutado los aleccionase en ningún asunto. Pero Miklós, que había visto mucho, se recompuso enseguida. «Estimada camarada SEÑORA PÁPAI», respondió con inteligente diplomacia, «precisamente en los últimos tiempos hemos tenido un sinfín de tareas en otros campos; si ha leído las noticias con atención, se puede imaginar cuántas preocupaciones y disgustos tenemos, y en esos casos es comprensible que existan ciertas prioridades...» Pero la SEÑORA PÁPAI no era tan fácil de ablandar, y con gran arrogancia cortó a

Miklós: «Cuando hay que traducir artículos, con los cuales no estoy de acuerdo, y la mera lectura me causa sufrimiento, tan abominablemente reaccionarios son, y cuanto más leo mi desacuerdo es mayor, y detesto tener que traducir absolutísimamente todas las palabras, todo al pie de la letra, frases que van revolviéndome el estómago, tanto más que ni sé bien húngaro, y es necesaria para mí ayuda, no recibo la de nadie, a excepción tal vez de mi hijo, su tiempo cómo puedo yo estarle robando y robándole y rodánbole, y no me gustaría arrastrarlo a mi hijo a estas cosas»; cuanto más hablaba y más iracunda estaba la SEÑORA PÁPAI, tanto más proliferaban en su discurso los atractivos errores lingüísticos, el trastrocamiento de las consonantes, el vigor independiente de sufijos y conectores y sílabas de relleno, cosa que los señores, por lo demás, encontraban extremadamente divertida, y cuando la SEÑORA PÁPAI les pidió disculpas por ello, denunciando el suplicio que era para ella redactar sus informes, que debía escribir a mano y de noche, Miklós interrumpió: «Esos errores lingüísticos, diminutos tropezones estilísticos, estimada SEÑORA PÁPAI, no hacen sino dar mayor autenticidad a los informes, y le confieso que surten un efecto de verdad refrescante en el mar de las habituales frases grises que dan dolor de cabeza. Recuerdo cuán magnífico fue su primer informe, se puede decir que era un informe virgen de hace seis años, cuando viajó con su hijo a visitar a su familia, un relato magistral de verdad, cómo vuelve al puerto de Jaffa por su equipaje<sup>[8]</sup>, eso no lo escribió para mí, pero el camarada Mercz fue expresamente a mi oficina a leérmelo, y ya entonces advertí cuán brillante observadora es, cómo no, y no me olvido, qué gracioso fue, por ejemplo, que escribiese cuando volvió al barco a buscar sus maletas que le “permitiesen revolver al barco”, me reí a carcajadas, le soy sincero, era tan acertado...» No obstante, la SEÑORA PÁPAI frunció el entrecejo y de nuevo interrumpió imperturbable el discurso de Miklós para continuar: «Sin embargo yo misma, al margen de cuán difícil me resulta, cumple con lo que me están solicitando ustedes, escribo los informes, traduzco todos los artículos, y de

urgencia, dejo de lado cualquier otra cosa, conque soy una buena camarada. Pero en cambio, cuando pido algo yo, soy apenas ratón minúsculo, el último bicho que reptá por el polvo». «¿Bicho?», preguntó turbado el camarada Beider. «Cucaracha», repuso la SEÑORA PÁPAI, era un desafío; «ahora quieren que acorte mi viaje. Si lo hago, ¿cuál será el agradecimiento? Mis advertencias las arrojan a la papelera. Mis ideas ni valen un pepino». En ese momento, el teniente coronel de policía miró furtivamente al teniente de policía József Dora, el antiguo al nuevo encargado e interlocutor, he ahí la ocasión de probar en el escenario abierto que era digno de la tarea, que disponía de la oportuna sensibilidad de psicólogo, y que podía por consiguiente tratar y dirigir a la SEÑORA PÁPAI, a quien en ese instante los tres hombres admiraban aún más en secreto, pues durante el apasionado estallido la mujer parecía haber rejuvenecido.

«Estimada camarada SEÑORA PÁPAI», dijo entonces József con voz cálida, «precisamente es mi objetivo, y quizá en nuestro encuentro haya podido darle mil señales de ello, que se restablezca la confianza entre nosotros. La confianza, que de vez en cuando resiste dificultades. Pues nuestro objetivo común es la continua lucha por la justicia». Con discreción aludió también al mantel bordado con motivos del país, el cual es cierto que no lo había comprado con su dinero para la SEÑORA PÁPAI, pero al fin y al cabo tampoco era obligatorio blandir a una (así llamada) colaboradora secreta con un regalo. El camarada Dora por supuesto no podía sospechar que la SEÑORA PÁPAI pensaba regalar el mantel, ya sabía incluso a quién, sería un obsequio magnífico cuando fuese después a visitar a su familia en Tel Aviv, en ese viaje pagado por sus mandantes, cuyos designios, y eso lo tenía claro la SEÑORA PÁPAI, excedían con creces sus posibilidades, ella igual iría hasta las últimas consecuencias, y no escatimaría esfuerzos, pero era improbable que pudiera introducirse en el Congreso Mundial Sionista, de lo cual se alegraba en secreto, pues ella protestaba con todas sus células en contra de esa «sarta de alharacas nacionalistas». A cambio estaría por lo menos entre sus seres

queridos, les brindaría una gran alegría además con el mantel bordado con motivos de la región de Matyó. Ella en general no tenía apego a las cosas, y a la primera ocasión que se le presentaba se libraba de ellas, de lo contrario acababan empaquetadas en algún lado, porque tirar, la SEÑORA PÁPAI no tiraba nada. Ya en la infancia había aprendido de su madre a no ser fetichista con los objetos materiales. Su madre invitaba regularmente a casa a los niños de la calle, y eso que ellos tampoco eran ricos, les preparaba chocolate caliente con nata batida y de repente se le antojaba regalarles unos zapatos o algún vestido de sus hijas; y si veía que los rostros de sus vástagos caían en la desesperación, les soltaba un discurso sobre el alborear del comunismo, que alcanzaría a toda la humanidad, y del cual ellos debían ser ejemplo. Sí, la SEÑORA PÁPAI no concedía valor a los objetos materiales, y si miraba con ojos resplandecientes su regalo de cumpleaños era solo porque se imaginaba que al cabo de poco tiempo ese regalo se convertiría en un regalo para otros.

Durante un rato, el camarada Szakadáti se había agitado intranquilo en su sitio, a él también le habría gustado decir algo. Bajo la mesa, el camarada Beider presionó sutilmente la rodilla de su colega, cosa que el camarada Szakadáti malinterpretó inconscientemente, y se sintió más bien alentado para hacer todo lo contrario, mientras el camarada Beider lo que deseaba señalizar de ese modo informal era que había que poner fin a aquel encuentro, que se había prolongado demasiado. Pero quizá debido a lo mucho que tenía que decir y que se le había atascado en la garganta mientras escuchaba hasta el final las conversaciones de sus dos colegas con la SEÑORA PÁPAI, ora acogedoras, ora como dos estrictos catedráticos examinándola, brotó de Szakadáti un verdadero torrente de palabras (*nomen est omen*<sup>[9]</sup>), y prácticamente con la vehemencia de un colegial, el hombre le recordó a la SEÑORA PÁPAI la entrañable y cálida atmósfera de su primer encuentro. Pues este individuo de cuarenta y dos años, divorciado y más bien retraído si se prescindía de sus bastante lastimosos desmanes ocasionales, por un instante había malinterpretado por completo la desenvoltura

de carácter y sociabilidad de la SEÑORA PÁPAI, cuando ya en el primer encuentro, pidiendo disculpas, había dicho que, siempre que podía, ella tuteaba a todo el mundo. Y eso decididamente le gustó a Szakadáti, aunque tuviera que vetarlo, y después volviesen a tratarse de usted, lo cual también tiene su erotismo propio, pues entonces y durante un tiempo el camarada Szakadáti había abrigado la alocada esperanza —si bien eso lo prohibía terminantemente todo reglamento— de tener una relación más íntima, considerando que era un apasionado de las damas mayores que él. Ahora, a sabiendas de que en lo sucesivo sus encuentros iban a espaciarse en el tiempo o a cesar por completo, pues el camarada Dora recibía del camarada Beider el cargo de tratar con la SEÑORA PÁPAI, y a partir de ese día sería competencia exclusiva del camarada Dora procesar los materiales de la SEÑORA PÁPAI, Szakadáti se desanimó del todo. Aunque no se podía quejar de tener poco trabajo, puesto que le correspondía el Oriente Próximo íntegro, sin que supiese ni árabe ni hebreo y su conocimiento del inglés fuese bastante escaso (si hubiese tenido que aprobar el examen de lengua incluso ante una comisión descaradamente favorable, aquello le habría acarreado graves consecuencias, sobre todo en los tiempos explosivos que corrían), la voz le seguía temblando y apenas si podía ahogar el frenesí que le producía recordarle a la SEÑORA PÁPAI su cautivadora capacidad para introducirse en la intimidad de los otros; y le recordó además las perspectivas que podrían abrirse ante ellos en un futuro no demasiado lejano por su trabajo y lucha común contra el sionismo internacional. Y a eso añadió, con una pequeña exageración, que el trabajo de la SEÑORA PÁPAI era de un valor inapreciable para la República Popular, teniendo en cuenta su insólito conocimiento de lenguas y su vida aventurera, pero también se le escapó que camaradas soviéticos de alto rango habían hablado en términos elogiosos de los materiales que ellos habían preparado justamente a partir de las recapitulaciones de la SEÑORA PÁPAI. Llegado a ese punto Beider no se conformó con apretarle la rodilla con sutileza,

sino que le soltó una patada en el tobillo mientras le dedicaba una sonrisa a la SEÑORA PÁPAI.

«¡El robot llama!», anunció Miklós con una sonrisa agria para disculparse, y se puso de pie, echando adrede una mirada a su reloj de pulsera. El término *robot* sonó un poquito ruso, a *rabota*, trabajo. Pero no era por el *rabota* que había que levantarse tan de súbito. En honor a la verdad, el hombre se había quedado espeluznado en el preciso instante en que se percató de que el famoso escritor de la oposición, que gozaba también de gran prestigio en Occidente, entraba en la pastelería Angelika acompañado de una joven de sensual belleza. Pues, como Miklós sabía por otros informes que llegaban a sus manos —informes sobre la fiabilidad de la SEÑORA PÁPAI, que, si bien no la cuestionaban, consideraban, digámoslo así, que no se la podía descuidar—, los hijos de la SEÑORA PÁPAI tenían estrechas relaciones con determinados círculos de la intelectualidad de Budapest, y le entró pánico de que ella advirtiese la presencia del escritor. Tenía que evitar a cualquier precio que se saludasen; se maldijo a sí mismo por haber elegido la Angelika, pues era de conocimiento público —había podido leerlo en numerosos informes — que la pastelería era el lugar predilecto del escritor para sus citas por hallarse cerca de su vivienda. De modo que dio un brinco soldadesco de la mesa mientras miraba con determinación su reloj de pulsera. Qué cuadro tan divertido ofrecieron entonces los tres dandis, cuando los tres a la vez, en verdad como tres robots, saltaron de golpe de la mesa y miraron sus relojes de pulsera. Eran las cuatro y diez de la tarde<sup>[10]</sup>.

La SEÑORA PÁPAI, después de anudarse el pañuelo de seda al cuello, abotonarse el abrigo bajo la nevisca y calarse la gorra de lana, se encaminó por la ligera subida de la calle de Batthyány en dirección a la plaza de Moscú, mejor dicho a la Residencia de Veteranos Ferenc Rózsa, donde la esperaba su enajenado marido en la pequeña habitación común, el Pápai de gloria pasada, de pie bajo el marco de la puerta, con la espalda encorvada, torturado con presentimientos, temblando loco de angustia.

## LA TENTATIVA

Sentados en el corredor, hacía más de media hora que los dos jóvenes esperaban. Habían subido en ascensor a la tercera planta. Detrás de las puertas acolchadas se oían dedos diligentes que tecleaban en máquinas de escribir, era evidente que en esa oficina se trabajaba intensamente. Las secretarias con sus tacones altos de rigor recorrían presurosas los pasillos de paneles de madera con documentos en la mano a la espera de una firma; a veces salía delante de ellos un hombre mal vestido con traje y corbata, barrigón, que llevaba un grueso legajo bajo el brazo, mientras que de cuando en cuando surgía de la nada una figura con uniforme militar y cartuchera y pistola al cinto. Todos iban y venían, cumplían sus cometidos como si no se percatasen de la presencia de los dos muchachos. Aparte de ellos nadie más esperaba en ese pasillo de paneles tal vez no concebido parada espera, lo cual era bastante extraño, aunque en cualquier caso ambos tenían una sensación, quizá infundada, de que los estaban observando, que esa agitación no era sino una puesta en escena para ellos, y la larga espera nada más que el tiempo destinado a observarlos; y aunque ahuyentaban tal suposición, reían al decir que la espera formaba parte del orden de cosas, por algo una oficina era una oficina. En ambos resurgió una vaga sospecha cuando un joven de galopante calvicie volvió a pasar por delante de ellos, y mientras hacían como si estuviesen por encima y más allá de todo aquello, se iba arraigando en sus pechos una sensación para la cual no existe una expresión exacta en húngaro, en alemán se diría *unheimlich*, siniestra, la sensación espectral de que el edificio entero los estaba observando. Pero quizás ni siquiera los observaban, solo querían que ellos se sintiesen

observados. Pues si bien habían llegado por separado, ambos habían sido puntuales, y aunque no era de esperar de un funcionario, a quien día a día le cae tanto trabajo, toda esa mole de la administración, que recibiera de inmediato a alguien que acababa de entrar de la calle, si a ellos los habían convocado a una hora exacta en una oficina determinada, ¿a qué venía toda esa espera?

Un miedo difícil de describir se había apoderado de ellos solo de ver el revoque gris de aquel edificio esquinero (que más bien se había vuelto gris por el deterioro y la falta de mantenimiento), cuando en la entrada principal una figura de uniforme les había pedido a cada uno su documento de identidad y tomado nota de sus datos en un enorme libro registro, y telefoneado a algún lugar para anunciar su llegada. Según las letras doradas grabadas sobre una placa negra de vidrio junto a la entrada del inmueble en la calle de László Rudas n.<sup>º</sup> 45, la Sección de Pasaportes del Ministerio del Interior se hallaba en aquel lúgubre edificio cuyas proporciones transmitían por un instante una inesperada sensación de belleza. Pero los dos muchachos no se percataron de la extraordinaria asimetría de la construcción; cuando uno se aproxima desde la ronda de Lenin, no ve nada que no sea el color gris, un gris acero que en aquel día de verano poco caluroso del mes de junio de 1978 parecía dominar los sucesos. Era un edificio erigido antes de la guerra, eso lo dejaban claro sus proporciones, sus ventanas, las dos rosetas de la fachada ubicadas encima de la entrada principal, semiocultas por la reja de protección de hierro forjado y cristales, que se abría hacia el portón. Si bien el revoque de este edificio estaba tan descuidado como el de todos los demás en torno a esa esquina, su aspecto mugriento habría perdido importancia si ambos jóvenes hubiesen contemplado la construcción en su conjunto. Tal vez habrían percibido que era como haber transformado una iglesia en oficina: a la izquierda de la entrada habían decorado abruptamente la base de la fachada con columnas y ventanas semicirculares; en lo alto, el tímpano simbolizaba la complejidad de los espacios interiores, y para que el significado de la base fuese

aún más misterioso, debajo del tímpano mayor se veía uno pequeño. La esfinge de rostro impertérrito sentada en el tejado no se podía ver en absoluto, pues ¿a quién se le habría ocurrido acercarse al edificio desde el otro lado de la calle László Rudas solo para echar un vistazo a la fachada principal de la Sección de Pasaportes del Ministerio del Interior? Desde las vías de la estación, desde la distancia, desde la quinta planta de un edificio cercano, tal vez habría quedado a la vista toda su belleza. Lo más significativo, sin embargo, era la inscripción del año MDCCCLXXXVI en el tímpano, que anunciaba orgullosa que el edificio había sido construido no antes de una, sino de dos guerras mundiales, en el glorioso año en que se había celebrado el primer milenio de existencia del Estado húngaro. Manos cuidadosas —o un bombardeo, o una ráfaga de metralla bien dirigida— habían borrado de las piedras rústicas de la planta baja las figuras de mujeres andróginas semidesnudas para dar paso a unos austeros rombos. Pero también había una omisión, diseñada por el inescrutable arquitecto: al edificio que hacía esquina entre las calles de László Rudas y de Vorósmarty se le había rebanado una tajada como con un cuchillo de cortar pastel, un triángulo oblongo que lo privaba propiamente de tener lo que se entiende por esquina, como si con ello hubiese querido reafirmar algo, y como si en esa pequeña superficie el propio edificio quisiera hacer una llamada a toda la población de la ciudad: en la segunda planta había una hornacina vacía, encima de la cual, como encima de un púlpito, surgía un inesperado ornamento artesonado en forma de baldaquín, encima del cual a su vez un escudo de armas había dejado un espacio vacío acaso intencionadamente. Todo ello se había derrumbado en el torbellino de la guerra mundial, había desaparecido, y nada delataba que aquella mañana soleada de un viernes de junio los dos jóvenes hubiesen ingresado con cierta timidez en la Gran Logia Simbólica de Hungría, el antaño palacio de los masones. Era el clásico edificio de la Administración comunista, tal vez un poco más elegante debido a los paneles de madera y porque de los muebles

encargados a medida en su época quedaban allí todavía un par. Según la lista de desiderata enviada en su momento al arquitecto constructor, debían incluirse tres santuarios y dos talleres. Esto también da fe de la costumbre de la época, por la cual, a diferencia de tiempos anteriores en que cada logia tenía su propio local, podían funcionar allí varias logias de manera independiente en horarios determinados y habitaciones reservadas. En la casa había un comedor, donde transcurrían las agradables conversaciones después del trabajo, también un restaurante que se podía alquilar, una biblioteca, una sala de estar y otra de juego, además de algunas oficinas. Ciertamente, habían proyectado que los más importantes símbolos de la masonería figurasen con discreción en el lugar menos visible del edificio. Debajo del gran tímpano, en el pequeño, habían esculpido ramos de flores, y rocallas ornamentaban el edículo de cada uno de los ventanales de la segunda planta, mientras que los ornamentos en el estuco de la pared carecían de todo significado simbólico. Tal falta de contenido quizá halle su explicación en que los masones siempre se habían abstenido de hacer ostentación de sus símbolos. Solo los más atentos peatones habrán tomado nota de los ornamentos en el techo, detrás de los parapetos decorados con urnas y balaustradas. Junto a la esfinge apoyada en el globo terráqueo, los cuatro búhos que sostenían una esfera celeste constituyan el otro ornamento mayor del edificio, donde se veían desfilar los signos del zodiaco, y en cuyo zócalo estaba el signo más importante de la masonería, el compás y la escuadra señalándose recíprocamente, y coronado por el triángulo radiado, el símbolo de Dios.

Con un ligero temblor en el estómago, el menor de los jóvenes entró en una oficina de cielo raso considerablemente bajo. En el centro de la pieza, un poderoso escritorio hacia las veces de trono, y el hombre de doble papada, escasa estatura, uniforme de teniente coronel y gafas de montura dorada le ofreció cordialmente tomar asiento; y cuando él mismo lo hizo pareció por un instante que iba a desaparecer detrás del escritorio. A causa de su forma irregular, la

oficina, que daba la impresión de ser la fusión de varios espacios contiguos, resultaba al mismo tiempo sorprendentemente grande, mucho más alargada de lo habitual, y, en su estrechez, bastante incómodo. A mano izquierda, junto a la pared posterior, se veía un pequeño tabernáculo cuya profundidad no se podía calcular, quizás era una puerta para cruzar a otra parte, donde con la mayor tranquilidad podía encontrarse cualquier persona que quisiera escuchar la conversación que se desarrollaba en la oficina, pues al entrar desde el pasillo, aunque hubiese un trecho de por medio, no se percibía nada. A causa del falso techo bajo y sobre todo de las ventanas semicirculares torpemente ocultas, las cuales era evidente que habían sido diseñadas para un espacio interior más grande, y que de ese modo apenas si dejaban entrar alguna claridad de la calle, hacía falta encender la luz incluso de día, con lo cual reinaba un ambiente crepuscular, a través del cual en determinados momentos, en función del estado emocional de lo que ocurría dentro, el lugar parecía minúsculo y oscuro. Más sorprendente era que delante de las ventanas semicirculares, debido a alguna consideración o necesidad aparte, un tramo de metro y medio de suelo fuese veinte centímetros más bajo que el resto, de modo que alguien que pasease por la habitación tenía que bajar y subir continuamente un escalón, como si cojease. Es probable que por tal motivo el ocupante de la pieza se quedase del lado en cuyo centro se hallaba el descomunal escritorio usurpador compuesto en realidad de dos muebles unidos, de diferentes tamaños, que acaparaban para sí toda la holgura de la habitación. La oficina semejaba de este modo un estrecho calabozo, desde cuya pared posterior una pared invisible cerraba por delante la verdadera pared. Quién sabe, quizás aquella había sido la «cámara oscura» en la cual un candidato a masón, antes de ser conducido al santuario donde debía someterse a diferentes pruebas, pudiese reflexionar a solas y redactar su testamento espiritual. No obstante, quien pasaba allí sus días se sentía poderoso y minúsculo al mismo tiempo, agotado, un pequeño funcionario explotado y todopoderoso, una eminencia gris

que decide sobre los destinos de los hombres y está por encima de ellos. Al lado derecho había dos burdas cajas fuertes metálicas, pintadas de un marrón horroroso, de cuyas brillantes cerraduras colgaba una llave; junto a ellas un mueble bajo de estilo rococó, con puertas de vidrio, una suerte de vitrina para guardar documentos, evidentemente vacía. A la izquierda, colocadas como en un café, una mesa redonda de mármol con dos sillas Thonet de madera. La mesa estaba cubierta por un mantel de encaje sobre el cual había un cenicero de cristal policromado y una reluciente cafetera de aluminio encima de un hornillo eléctrico conectado a un enchufe en lo alto de la pared por un grueso cordón negro. Si la nariz husmeaba en el aire, podía oler el aroma del café recién tostado. Tras haberse presentado a los muchachos, el teniente coronel se miró las manos bien cuidadas mientras permanecía largo rato en silencio. Delante de ellos, sobre la mesa, había un pasaporte a punto, recién expedido, tan flamante que casi se podía oler, y el teniente coronel, mientras inspeccionaba sus uñas de la mano izquierda, posó generosamente su mano derecha sobre el pasaporte y su mirada cayó sobre el muchacho como un depredador que todavía no ha decidido qué hacer con su víctima, si matarla de inmediato o juguetear antes un poquito con ella.

Ambos jóvenes se sorprendieron cuando finalmente la secretaria, una matrona cincuentona de rubia cabellera teñida, larga falda gris y blusa blanca de holgadas mangas, llamó al menor de los jóvenes en primer lugar. Jacob y Esaú, la vieja historia, la primogenitura y sus consiguientes privilegios<sup>[11]</sup>.

El teniente coronel podía elegir entre dos vías. Hacía largos años que venía practicando su oficio, de modo que era capaz de seguir con facilidad cualquiera de las dos, las frases estaban preparadas una por una, reposaban en el cajón, solo había que sacarlas, una era nefasta, la otra acogedora. Detrás de una se ocultaba una amenaza, grises nubarrones a lo lejos, una eventual obstrucción de la carrera; la otra albergaba perspectivas incluso excelentes, y seguridad, el rosicler de la aurora en el horizonte. Como un virtuoso,

el teniente coronel conocía al dedillo el arsenal de expresiones, y a decir verdad consideraba que el reclutamiento era una de sus tareas más emocionantes, inspiradoras, con la que más disfrutaba, la que más se parecía a aquello con lo que había soñado desde niño, el teatro; era un papel que le encantaba interpretar, aun a sabiendas —al fin y al cabo no era un necio— de cuán ridículamente insignificante era la perspectiva de lo que ahora se preparaba para revelar al joven que tenía sentado ante él, el cual sin duda no podía imaginar qué le esperaba, pero estaba temblando ligeramente de pies a cabeza como cualquier reo, incluso como los que eran acusados de algo que con seguridad no habían hecho. Quizá el teniente coronel también tenía miedo sin saber que lo tenía, todo aquello se manifestaba en una pálida inquietud, en la respiración que cambiaba visiblemente cuando abría la boca, en el leve enrojecimiento de su cutis y en que su resplandeciente mirada ahora era otra, signos todos bastante detectables aun para quien no fuese competente en la materia, y sobre los cuales el implicado por supuesto ni siquiera era consciente porque en verdad no tenía la menor sospecha. ¿Por qué habría debido tenerla? Había que aprovechar este momento ventajoso, hacer sentir al joven, ciertamente con cautela, con elegancia, que las relaciones de poder eran desiguales, pero sin disuadirlo, sin ahuyentar a la presa: sí, se trataba de acechar, engatusar y cosas por el estilo, aunque en el caso de intelectos más brillantes como el de este joven bastaba con hacer una ligera alusión a los giros e imprevistos que podían surgir en su carrera. En un curso de perfeccionamiento en Moscú, por un extraño milagro, el teniente coronel se había hecho con un manoseado ejemplar de Talleyrand durante la clase de historia política. Al ver su mirada ávida, el genial teniente coronel Volkov había puesto en sus manos el libro al tiempo que le daba una palmada masculina en el hombro. Y el joven solo pudo leerlo después de arreglárselas, con no poca dificultad, para comprar un diccionario francés-húngaro; por supuesto que había mentido al decir que sabía francés, la mentira es una especie de enfermedad

profesional, había declarado una vez su superior al hablarle de una aventura con una mujer, pero ni siquiera la llamemos mentira, había agregado, es mera diplomacia. No cabe duda de que el futuro teniente coronel se enamoró entonces de por vida de aquel obispo convertido en revolucionario cuyo nombre completo era Charles-Maurice de Talleyrand-Périgord. Sabía de memoria sus mejores aforismos, ¿o no era suyo el dicho de que un hombre con mujer y familia era capaz de cualquier cosa por dinero? Naturalmente en aquel organismo no había mucho dinero, y el dinero no era lo esencial, pero de tiempo en tiempo ciertamente había que pagar, un rescate, una gratificación, algunas prestaciones insignificantes formaban parte del asunto, cantidades nimias pero suficientes para atrapar a los delincuentes, y si no por eso, al menos por un sentimiento de culpabilidad, ¿y no fue Talleyrand quien dijo asimismo: «El discurso fue dado al hombre para ocultar sus pensamientos»? Qué frase tan estupenda, el teniente coronel empezó a devanarse los sesos para hallar una buena sentencia, quería brillar ante aquel joven que trabajaba en el teatro, del cual decía —y se le veía en la cara— que era muy cultivado y muy inteligente<sup>[12]</sup>, pero no se le ocurrió nada, quizá se le ocurriría después en medio de la conversación. Lo importante era, en cualquier caso, que el sujeto no tuviera la menor sospecha de que estaban siendo coaccionados. Por supuesto que en el caso de la SEÑORA PÁPAI no había sido necesaria coerción ninguna, aunque también es cierto que no le dijeron<sup>[13]</sup> que hacía tiempo que habían cambiado su estatuto en la clasificación, tampoco era necesario que lo supiese, al cabo de cuatro años de colaboración exenta de tropiezos ya podía suponer que no se trataba de ningún juego de niños. Por otra parte, ¿cuál es la diferencia entre un «encargado secreto» y un «colaborador secreto»? En esencia son solo matices, pero justamente por eso hay que prestar también atención a la sensibilidad moral de la gente, nadie quiere ser espía de forma voluntaria, y quien quiere serlo, está en lo más bajo de la condición humana, aunque por supuesto también hay que tratar con esa clase

de personas. Quedó claro bastante pronto que aunque la SEÑORA PÁPAI fuese una militante del partido convicta y confesa —existen bichos raros así en el planeta—, los cada vez más frecuentes viajes, que en general no estaban exentos de peligro pues el Shin Bet, después de todo, es el mejor servicio de inteligencia del mundo, sobre eso no cabe ninguna discusión, solo los emprendía por poder estar cerca de su adorado padre. Tenía sobre sus espaldas la carga de su enajenado marido, quien por lo demás con anterioridad —el teniente coronel se había sumergido a conciencia en las tres abultadas carpetas cuando surgió seriamente la cuestión de utilizar a la SEÑORA PÁPAI ocasionalmente— había colaborado de forma bastante inconstante hasta que un buen día enloqueció. Sin duda alguna era una persona de grandes dotes, hablaba con fluidez siete lenguas, aunque al mismo tiempo era muy desordenado y demasiado imprevisible, gran parte de sus informes podían haber ido directamente a la papelera de no haber sido necesario incluirlos en su expediente operativo. A eso añádase que, pese a ser periodista de diario en funciones, sus descripciones eran parcias; según las repetidas observaciones del oficial a cuyo cargo estaba el control de Pápai, en la vivienda en que conspiraban había que sacarle las palabras con pinzas, y la misma historia la relataba de manera distinta cada vez, en su opinión. Hubo muchas ocasiones por el estilo, y cuando la SEÑORA PÁPAI dio cuenta del desenlace de la manía persecutoria de su esposo, por poco se le escapa al teniente coronel la perogrullada à la Talleyrand, de que por lo menos en ese caso se podía constatar que las circunstancias subjetivas se veían corroboradas por las condiciones objetivas, que la base determinaba la superestructura. Por supuesto, lo esencial no era que los informes fuesen siempre útiles, sino que había que producirlos; esa parte industrial del trabajo no le gustaba mucho al teniente coronel; regía una especie de pauta tácita, pero si el funcionamiento fluía sin interrupciones, siempre surgían de allí una o dos capturas de envergadura. Sin mencionar que se debía mantener ocupado al informante, no se le podía desatender, había que hacerle sentir esa

mirada de arriba que no lo perdía de vista. Sin embargo, aquel Pápai que hablaba siete lenguas, que se mostraba bastante entusiasta, era un espía vanilocuente a su modo y por lo tanto pésimo, entraba en discusiones con facilidad, era incapaz de cooperar con quienes no fuesen de su mismo color político. Por desgracia, en parte ocurría lo mismo con la SEÑORA PÁPAI, razón por la cual era solo una «ladrona manca», según el camarada István Berényi había advertido con todo cinismo en una conversación. En consecuencia debía quitarse la costumbre —si era posible— de poner sus convicciones por delante del trabajo<sup>[14]</sup>. Nunca había mantenido en secreto su animadversión hacia el Estado judío, en esencia era esa antipatía lo que la había motivado a colaborar. Debía guiársela con paciencia, indicarle cómo había que mantener esos asuntos por separado, por un lado las convicciones personales y por otro el servicio a la causa; de una parte los intereses del campo socialista y de otra las opiniones privadas de los miembros de la red. Sobre eso el teniente coronel había hablado seriamente con ella más de una vez, por supuesto sin poner en tela de juicio la obstinada concepción del mundo de la SEÑORA PÁPAI, la cual no dejaba de tener un interés antropológico, el teniente coronel rara vez se había topado con un judío que detestara con tanta vehemencia al Estado judío, por lo demás su tierra natal; era algo que rayaba en la caricatura<sup>[15]</sup>. Cuando el teniente coronel hacía alusión a que la SEÑORA PÁPAI había nacido en Israel, ella siempre se cuidaba de corregirle: «No en Israel, sino en Palestina», interrumpía indignada, ante lo cual el teniente coronel sonreía sin querer, cosa que a la SEÑORA PÁPAI le sentaba fatal, aunque el teniente coronel no considerase tan relevante esa inflexible e infantil diferenciación. Una vez estuvo dándose golpecillos en la rodilla y riendo casi diez minutos por una frase que figuraba en un informe de la SEÑORA PÁPAI<sup>[16]</sup>, pero decidió no insistir en el tema. Y tampoco llamaba la atención de la colaboradora secreta con intención pedagógica para que diese un vuelco a su lógica, aunque habría sentido una enorme curiosidad por saber cómo habría respondido la SEÑORA PÁPAI a la

maliciosa pregunta: «*¿Qué le hace deducir a la camarada que probablemente tengan un sentimiento así?*» Si entendiese un poco a la SEÑORA PÁPAI, incluso un teniente coronel como él podría tener escrúpulos y obsesiones fuera del trabajo; no obstante, no podría ejecutar sus tareas de manera decorosa si prestase oídos a esos cantos de sirena. Por otra parte, se debe hacer constar que con todos sus desacuerdos y su exagerada fidelidad a la línea del partido, la SEÑORA PÁPAI era una «clienta» ideal para el servicio secreto: por sus asuntos de dinero bastante desordenados y las turbias desviaciones de sus hijos en sus concepciones del mundo, así como por su necesidad de facilitar la entrada en Hungría a su extensa parentela israelí, había estado impelida a cobijarse irresistiblemente entre sus brazos. Por supuesto que ellos solo hablaban de pasada sobre esos asuntos con la SEÑORA PÁPAI, el teniente coronel jamás le hizo preguntas en relación con asuntos familiares; la ayudaba, si era necesario, en la evaluación de alguna solicitud de visado. Si en cambio la SEÑORA PÁPAI prorrumpía en quejas<sup>[17]</sup>, entonces hacía la excepción de escucharla comprensivamente hasta el final, y se rompía la cabeza pensando cómo podría resumir en el informe la sarta de informaciones inútiles y accesorias en una frase concisa, y preguntándose si había o no entre todo aquello que llegaba a sus oídos algún hecho o alguna minucia utilizables. «Las minucias encierran una enorme significación», había dicho en Moscú el teniente coronel Volkov, aunque la frase bien podría haber salido de boca de Talleyrand. A pesar de ello, estas incursiones en la vida privada ocurrían muy rara vez en los encuentros con la SEÑORA PÁPAI, pues se centraban principalmente en sus tareas concretas como miembro de la red, las cuales cumplía ella con la mayor diligencia posible.

Según el testimonio que brinda una foto en blanco y negro del inmueble situado en el número 45 de la calle de Podmaniczky, tomada en 1951, el primero de mayo el edificio estaba decorado, sin duda se trataba de un saludo solemne al ejército que desfilaba delante de aquella casa en dirección a la plaza de los Héroes. Entre

dos banderas rojas grandes y dos pequeñas y encima de la inscripción MARCHA DE LOS PUEBLOS QUE LUCHAN POR LA PAZ, se veían los retratos enmarcados de Lenin, Rákosi y Stalin, el de Rákosi unos centímetros más pequeño que los de sus colegas ruso y georgiano. En 1978, pues, el Ministerio del Interior (en sus inicios la AVO<sup>[18]</sup>, sigla original de la policía secreta) llevaba asentado más de un cuarto de siglo en aquel edificio esquinero. En 1951, cuando el Ministerio del Interior se instaló allí con carácter definitivo, durante un tiempo la calle de Podmaniczky pasó a llamarse calle de Rudas. Pero lo que ellos no sabían, ni el teniente coronel ni el muchacho, era que en la misma habitación en que se encontraban, en la tercera planta donde tenía lugar su conversación privada<sup>[19]</sup>, nada menos que la secretaria del húngaro, Gyulá Gómbós, de sorprendente parecido con la secretaria del teniente coronel, había mecanografiado con aplicación los discursos del presidente de la Asociación para la Defensa Nacional Húngara, la MOVE<sup>[20]</sup>. El estrecho pasillo conducía a una parte separada del gran salón, que era la más amplia y conservaba las bóvedas, justamente el lugar donde se instaló Gómbós, cuyos oficiales no cesaban de bromear con los frescos de estilo egipcio de la sala, que según ellos eran «judíos clavados», y que Gómbós, quién sabe por qué, no permitía ni que los retirases picando la pared ni que los recubriesen de pintura. Más de una vez, su secretaria sorprendió al señor presidente profundamente sumido en sus pensamientos mientras admiraba en la pared de su oficina las meses egipcias pintadas en lo alto al estilo *art nouveau*, es más, como tocado por la fuerza metafísica que irradiaban aquellos cuadros ancestrales. En realidad, los francmasones habían comenzado a desalojar el edificio ya antes del Terror Blanco que empezó el 19 de marzo de 1919. Con anterioridad habían sido asignados un par de locales comerciales y oficinas que daban a la calle como la sede del Partido Socialdemócrata. Después del 21 de marzo, el Consejo de Gobierno requisó el edificio entero de la Gran Logia. El ulterior Partido para la Defensa de la Raza de Gómbós, que entonces aún ostentaba el

nombre de Asociación para la Defensa Nacional Húngara, la efímera MOVE, tomó posesión del edificio de la logia el 14 de mayo de 1920 y cuatro días después, el 18 de mayo, el ministro del Interior Mihály Dòmòtòr prohibió la existencia de la logia. En septiembre de 1923, el ministro del Interior Rakovszky (¡el hijo del antiguo gran maestre de la logia!) dio instrucciones a la autoridad catastral de transcribir la propiedad del edificio al Fondo Nacional del Seguro Médico para Funcionarios. La mafia inmobiliaria húngara ya actuaba por aquel entonces. Con eso, Gómbós permaneció una temporada en la casa, es más, con anterioridad a 1926, la MOVE percibía un derecho de alquiler por usufructo válido por dieciséis años. Seguidamente, pese a que Miklós Horthy y su círculo hicieron todo lo posible por desplazar de la política a Gómbós, la MOVE hizo poner el edificio a su nombre. No mucho más tarde, Gómbós se dio de baja de la organización que él mismo había fundado, pero sus hombres, de entre los cuales surgieron numerosos miembros del Partido de la Cruz Flechada, permanecieron en la casa y formaron una magnífica base para las razias contra la población judía, y el sótano de los francmasones se convirtió en el depósito ideal de los botines robados.

La idílica situación no cambió hasta el sitio de Budapest. En febrero de 1945, Buda estaba sitiada aún, cuando los francmasones que surgieron de los refugios antiaéreos demandaron al Gobierno Nacional Provisional que les devolviese la casa de la logia, y en medio de la euforia de gran libertad que reinaba en la posguerra, el gobierno devolvió el edificio a los francmasones, pero les propuso que intentaran ponerse de acuerdo con el Partido Nacional Campesino, que se había mudado allí con anterioridad. La Gran Logia mejoró su posición debido a un decreto del Ministerio del Interior fechado en abril de 1945 que volvía a legalizar su existencia. La red de relaciones de los francmasones funcionaba a la perfección. Ya en el mes de febrero la Gran Logia había cerrado un acuerdo provisional con el Partido Nacional Campesino por medio del cual la Gran Logia le reconocía su derecho a utilizar la segunda

y tercera plantas del edificio. Pero eso fue solo un gambito de dama. La reconstrucción del edificio empezó en septiembre de 1946 en parte con donaciones, en parte con ayuda de los Estados Unidos. Paralelamente a la construcción continuaba la controversia con el Partido de los Campesinos sobre la evacuación del edificio. La Gran Logia solicitó la declaración de monumento artístico del edificio en beneficio propio. El 1 de octubre de 1946, el gran maestre Géza Supka puso al corriente al comité de construcción, pero añadió: «Por lo demás parece que no será necesario ese procedimiento porque el Partido Nacional Campesino está dispuesto a dejar la casa de la Logia de forma pacífica». Y al fin, siguiendo una sentencia judicial vigente, a principios del año 1947 le tocó el turno. József Kóvágó, alcalde de Budapest, también francmason y miembro de la Logia Corvin, ofreció en nombre de la capital la suma de treinta mil forintos, el transporte gratuito de los escombros, así como las plantas ornamentales para embellecer el futuro edificio de la logia. No obstante las dificultades económicas, el trabajo avanzaba muy bien. Uno de los mayores quebraderos de cabeza lo constituyeron las aguas subterráneas, para lo cual eligieron llenar el sótano con cascajos como medida paliativa. El 15 de marzo de 1948 inauguraron el taller de la primera planta en medio de las solemnes celebraciones por el centenario de la Revolución Húngara. El 12 de junio de 1949, la dirección de la Gran Logia, con unos cuarenta años de antelación, dispuso la puesta en práctica de la resolución del Consejo Supremo que jamás fue respetada. Según ella, el gran salón debía recibir el nombre de Taller Kossuth, el taller central llamarse Taller Balassa, mientras que los talleres 2, 3 y 4 recibirían los nombres de Ady, Kazinczy y Martinovics, respectivamente. El idilio no duró mucho tiempo; a principios de junio de 1950, József Révai, uno de los fundadores del Partido Comunista, dirigió una vehemente diatriba contra los francmasones, y el día 12 la AVO, Autoridad de Protección del Estado, irrumpió en el edificio de la logia y lo ocupó. La suerte del edificio estaba echada.

El teniente coronel, a raíz del repentino silencio que se había cernido inesperadamente sobre ellos dos al comienzo de la conversación, y que en definitiva no era sino el silencio del propio teniente coronel, sintió que el muchacho era un hueso más duro de roer que la mayoría. A su alrededor flotaban una invulnerabilidad y una inaccesibilidad singulares, que emanaban de esa atenta sonrisa radiante, así como un aura de infinita soledad que el teniente coronel —no podía obrar de otro modo— empezaba a respetar, y por eso, al hablar, sus frases se convertían involuntariamente en condicionales, las advertencias previstas para ser determinantes, férreas y amenazantes se derretían como suave mantequilla al pasar por sus labios. El tiempo destinado a la conversación se iba terminando poco a poco, pero el teniente coronel seguía rompiéndose la cabeza en busca de una cita de Talleyrand con la cual impresionar al joven. No tenía familia. Quizá no la tendría nunca, pensó con sequedad el teniente coronel, a quien llamó la atención que los ojos del joven tuviesen un sorprendente parecido con los ojos de la SEÑORA PÁPAI, algo que lo llenó de una suerte de esperanza, pero no fue capaz de penetrar el silencio. Se había puesto ya de pie tras la mesa con el pasaporte en la mano —no se veía mucho más alto que cuando estaba sentado— y se lo tendía al joven, cuando miró hacia arriba, directamente a los ojos azul verdoso del muchacho, y le dijo, sorprendido él mismo del ímpetu con que salían las palabras de su boca, como un estallido: «El café debe ser ardiente como el infierno, negro como el diablo, puro como el ángel y dulce como el amor». Y enrojeció. «Talleyrand», añadió. «¿No le apetece un café?» En ese instante cayó en la cuenta del tremendo error que acababa de cometer. «¡Ah, Talleyrand!», dijo el muchacho con una amplia sonrisa: «Es el principio del fin». A lo cual el teniente coronel respondió de inmediato con otra cita como en una partida de ajedrez: «Fue peor que un crimen, un error». «Eso es Fouché», replicó el chico sin esfuerzo y cogió el pasaporte que el teniente coronel sostenía en la mano. «El ministro de la Policía». «¿Quién?» «Stefan Zweig escribió un libro sobre él. Una obra

fundamental». «¿Quién escribió un libro sobre él?» La confusión del teniente coronel era total. «No, gracias», dijo el joven, «mi hermano mayor me espera fuera». El teniente coronel, como si solo hubiese estado al acecho de esa palabra mágica, se recompuso de una sacudida. «Por favor», empezó a decir, y le sorprendió que en su voz se filtrase un tono casi de súplica. Parecemos ni más ni menos que una pareja de enamorados en la estación de tren en una película francesa, pensó entretanto y lo que más hubiera querido era desaparecer por la vergüenza, los ojos se le humedecieron, respiraba con dificultad. Sin embargo, pronto se repuso. «Por favor», dijo entonces con voz más resuelta, «no comente el tema de nuestra conversación con su hermano mayor, ¿me hará el favor?» «Por supuesto», repuso el joven, y antes de cruzar el umbral de la puerta se volvió. El teniente coronel estaba de pie, se había girado a medias como si fuese a mirar a una persona que solo él pudiese ver y después desapareció del campo visual del muchacho al cerrar este la puerta tras de sí.

«¿Qué piensas, Gyuri?», le preguntó el teniente coronel al capitán Ocskó, que surgió del pasillo vestido de paisano y encendió un cigarrillo. «No sé», dijo Ocskó austeramente, «creo que tendría que haber hablado con él con mayor dureza». «¿Con mayor dureza?» El teniente coronel echó una mirada a Ocskó. «Me alegro de haber podido formular una sola frase completa». «¿Tan cautivador era?», preguntó Ocskó, mordaz. «¿Según tú se presentará?» «Ni idea», dijo Ocskó mientras llamaba a la secretaria: «¡Marika, tráigame un café!» Marika entró por el lado opuesto, entre las cajas fuertes, a través de una puerta tapizada que se abría sin hacer ruido. «¿Lo preparo ya?» «Espere, camarada», replicó el teniente coronel, que estaba afónico, a lo cual Marika abrió los ojos como platos; que el teniente coronel le dijese camarada no podía presagiar nada bueno.